

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

En la sección de reseñas correspondiente al número de “Cuenta y Razón” que el lector tiene en sus manos vamos a recorrer una selección de algunos de los libros más interesantes que han aparecido en los últimos meses acerca de cuestiones como ensayo político y temas de actualidad, historia, en especial la más reciente y, en fin, de literatura y arte. De esta manera recorreremos una panorámica de cuestiones como para que el lector interesado tenga noticia acerca de por dónde se ha encaminado el mercado editorial y los intereses del lector medio.

JAVIER TUSELL

Ensayo político

Vamos a elegir en esta materia cuatro libros de los que el primero versa sobre cuestiones específicamente españolas mientras que los otros dos hacen alusión a otras de carácter más general aunque de especial incidencia en nuestro

caso por las razones que se indicarán.

El libro de *G. Cisneros, M. Fraga, M. Herrero, G. Peces Barba, J.R. Pérez-Llorca, M. Roca, J. Solé Tura, “20 años después. La Constitución cara al siglo XXI”, Madrid, Taurus, 1998*, estuvo dedicado, como es lógico a la conmemoración del aniversario de nuestra ley fundamental.

Los libros conmemorativos y plurales en la autoría suelen tener el inconveniente de resultar, por el primero de los rasgos mencionados, un tanto protocolarios, y poco coherentes por el segundo. Si las circunstancias políticas en las que ha tenido lugar la celebración del vigésimo aniversario de la Constitución hubieran sido otras se podría

haber pensado, incluso siendo muy alta la calidad intelectual de nuestros ponentes constitucionales, que el resultado hubiera sido ése. Pero el editor ha tenido, además de don de la oportunidad, suerte: al arreciar el debate acerca de la organización territorial del Estado, los siete padres de la Constitución se han esmerado en cada uno de sus textos y el resultado es un libro de gran interés en el que llama la atención el hecho de que los autores parecen retrotraerse a la etapa de ausencia de consenso que precedió a ese gran momento en que realizaron la empresa de más aliento en su vida. Sus opiniones en cuestiones de fondo difieren en mucho y los dividen en dos bandos de parecido número. Por si fuera poco, la división no tiene nada que ver con su ideario, sino que es transversal, basada en el criterio a adoptar acerca de las reivindicaciones nacionalistas, materia en la que algunos de ellos han experimentado cambios con el transcurso del tiempo.

Así se aprecia en el caso de Fraga, quien en su momento tuvo como motivo esencial para proponer la reforma de la Constitución el contenido de su Título VIII. Hoy repudia con vehemencia cualquier pretensión de cosoberanía pero, al menos, considera que el tratamiento de esta cuestión en la práctica ni ha quedado estabilizado ni deja de ser conflictivo, y propone la

intervención del Senado en los planes de política económica. Curiosamente el más decidido opositor de las reivindicaciones nacionalistas no es Fraga sino Peces Barba quien, aparte de considerar inconstitucionales algunas normas de la Generalitat, presenta la cuestión en tonos dramáticos: la reivindicación nacionalista

pondría en peligro el consenso cuando la cuestión autonómica

habría quedado solventada por el texto constitucional. Cisneros se resiste a cualquier “reinterpretación imaginativa” de la Constitución, pondera los “equilibrios inverosímiles” del Título VIII y asegura que crea una nación plural, no un Estado plurinacional, pero no llega a afirmar que de ella derive un modelo redondo y cerrado de Estado. El texto de Pérez Llorca casi consigue eludir el compromiso de tratar esta cuestión para finalmente declarar su oposición a los nacionalistas.

En el sector más abierto figuran los otros tres ponentes constitucionales. Herrero describe la Constitución como difícilmente reformable pero, al mismo tiempo, elástica por las facilidades que proporciona para la interpretación. Roca recuerda que la Constitución española no sólo está hecha desde el consenso sino también para el consenso. Gracias a él se ha podido, por ejemplo, cambiar el sentido del artículo dedicado al servicio militar, lo que induce a pensar que por idéntico procedimiento se puede llegar a un acuerdo sobre otras materias. La generalización autonómica —añade— era imprescindible y es irreversible, pero además ha servido de lubricante para presentar la reivindicación nacionalista ante los españoles. Solé tura, en fin, en un texto que induce a pensar que puede ser un excelente autor de libro de memorias, propone un nuevo Senado destinado a

convertirse en instancia de negociación permanente entre los miembros de un Estado compuesto.

La lectura de este libro es apasionante y permite decir que sus autores no sólo presentaron un excelente servicio a los españoles hace veinte años, sino que vuelven a hacerlo ahora. Es difícil pensar mejor la cuestión central de la política española del momento presente. Y, como suele suceder, el sólo hecho de esa manera de mostrar un problema ya empieza a mostrar no sólo que existe sino que hay vías para solucionarlo.

De este estudio de derecho constitucional, aunque escrito con un tono que lo asemeja al ensayo, podemos pasar a un esclarecedor estudio que proporciona, en el momento más oportuno, las coordenadas básicas para comprender el fenómeno terrorista.

Así se puede describir, en efecto, el libro de *Fernando Reinares, "Terrorismo y antiterrorismo", Barcelona, Paidós, 1998*. En ocasiones da la sensación de que algo grave sucede en la Universidad española cuando un fenómeno de tanta trascendencia como el terrorismo de ETA apenas ha sido tratado en los medios académicos. Afortunadamente, sin embargo, en los últimos tiempos la situación ha cambiado de modo que ya disponemos sobre esta cuestión de algo más que reportajes

periodísticos o testimonios personales. En el terreno universitario Fernando Reinares es quien ha proporcionado una visión más cosmopolita y comparativa de un fenómeno sobre el que puede existir la tentación de declararlo irracional e incomprensible y, a continuación, prescindir de un examen científico, como si éste no fuera posible o deseable para eliminar una tan grave enfermedad de la convivencia colectiva. Reinares, además, en

todos sus trabajos, ha testimoniado capacidad para evitar la tentación de sumirse en ese género de explicaciones barrocas y ultraconspiratorias a las que son tan aficionados los expertos internacionales en estas materias.

Para Reinares el terrorismo se alimenta del impacto psíquico que produce a través de los medios de comunicación y de la existencia de unos medios técnicos excepcionalmente accesibles en la civilización contemporánea. En cuanto a sus orígenes, aunque muy acertadamente Reinares afirma que se trata de un extremismo en los medios y no en los fines, no puede menos de ponerlo en relación con la crisis ideológica de la segunda mitad de los años sesenta. Aunque el terrorismo suele ser una patología de sociedades urbanas y democráticas, también puede aparecer en regímenes dictatoriales declinantes o en aquellos otros que tienen una grave crisis de legitimidad. En todos los casos el terrorismo, con el transcurso del tiempo, viene a significar una transformación en el modo de vida de quienes lo practican y de organización o dirección de los grupos políticos que lo utilizan. Reinares describe el prototipo humano del terrorista —varón, soltero, veinteañero y procedente de un medio urbano— y en este terreno hace aparecer como rasgo muy peculiar del caso vasco la remota procedencia de una militancia religiosa.

En cuanto a la forma de combatir el terrorismo, el libro proporciona abundante información sobre la frecuencia de las extralimitaciones que se llevaron a cabo en algunos países democráticos como, por ejemplo, en Francia, Canadá y en Irlanda. En este punto se descubre la considerable distancia existente entre lo sucedido en otros países y en España, pero también la coincidencia existente en todos estos casos de reacción desmesurada y un efecto contraproducente bien palpable en un plazo medio de tiempo. Otro aspecto muy interesante se refiere a la internacionalización del fenómeno terrorista, que recibió ayudas importantes durante mucho tiempo de las democracias populares del Este de Europa o de algunos países árabes. Pero Reinarés no se muestra nada favorable ni a visiones excesivamente conspiratorias ni a los procedimientos empleados por países como Israel o los Estados Unidos para combatir el terrorismo interno mediante la represalia en el exterior.

La conclusión más importante de este libro tiene mucho de paradójica. Por un lado el terrorismo resulta cada vez más inaceptable desde todos los puntos de vista, de modo que ha perdido por completo la condescendencia con la que determinadas ideologías le rodearon en otro tiempo. Pero, al mismo tiempo, la facilidad

que le otorgan los nuevos medios técnicos y la aparición de fenómenos como el “terrorismo ocasional” o de baja intensidad le aseguran, por desgracia, un porvenir mucho más próspero de lo que sería deseable. De cualquier modo, afortunadamente, gracias a la información que proporciona este libro, siempre resultará mucho más fácil de vencer esta triste enfermedad colectiva que hemos padecido los españoles.

Para concluir la referencia a ensayo político podemos reseñar dos libros, muy diferentes de concepción y contenido, que abordan la última moda ideológica de la izquierda moderada en el fin de siglo. Se trata de *Anthony Giddens, “La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia”*, Madrid, Taurus, 1999, y de *Tony Blair, “La tercera vía”*, Madrid, El País-Aguilar, 1998. Prólogo de José Borrell. Presentación de Victoria Camps.

En el fin de siglo que nos ha tocado vivir da la sensación de que las certidumbres de otro tiempo se han desvanecido por completo y es necesario explorar nuevos caminos. La democracia parece haber triunfado, pero nuestra experiencia diaria respecto de ella tiene muy poco de reconfortante. La economía se ha convertido en mucho más global que en el pasado y ese proceso parece irreversible. Nadie discute el mercado, pero sí hasta qué punto resulta aplicable a todos los aspectos de la vida humana. El entorno internacional no ha concluido, tras el final de la guerra fría, en un nuevo orden sino más bien en inestabilidad. El cosmopolitismo resulta ya una adquisición definitiva pero, al mismo tiempo, parece evidente también el retorno de la nación. Incógnitas e interrogantes como éstas se le plantean al conjunto de los partidos políticos y de las

significaciones ideológicas. La llamada “tercera vía” trata de responder a ellas desde el punto de vista del socialismo democrático. En los dos libros a los que se refiere esta reseña tenemos una prueba de que el juicio que cabe hacer de ella no puede más que resultar ambiguo, y ello por una razón evidente. El folletito de Blair resulta tan elemental que quien lo lea puede suscribir la tesis de que en el fondo “la tercera vía” no es más que un fenómeno mediático, pura mezcla entre superficialidad y banalidad con pocos contenidos. Baste con decir que los textos españoles que en el librito se contienen, en especial el de Camps, quieren ser tan sólo introductorios pero tienen mucho mayor interés que el del “premier” británico.

En cambio, el libro de Giddens resulta francamente interesante porque hace un diagnóstico de los problemas del mundo en el final de la centuria, trata de darles una respuesta y tiene algunas sugerencias verdaderamente brillantes. Su línea argumental descubre un adversario explícito y otro implícito. El primero es el liberalismo en versión Thatcher, partidario de un fundamentalismo de mercado en materia económica, xenófobo, proclive al autoritarismo moral y aficionado a hacer severos juicios sobre el Estado de Bienestar como si éste hubiera sido concebido en pecado original. Hasta aquí, ninguna

novedad porque el juicio no difiere mucho del habitual en los medios de izquierda. Pero la novedad es que de forma implícita aparece una clara condena de la versión más tradicional de ésta. Lo que propone Giddens es lo que denomina como “centro radical”: trata de ser lo primero por su deseo de llegar al conjunto de población y llegar al más amplio consenso, pero merece ese calificativo porque

algunas de sus soluciones tienen que ser drásticas.

El mundo que describe es el de una civilización —no sólo una economía— globalizada en donde los valores de lo individual tienen un peso decisivo, en que el gobierno democrático debe ser reinventado a base de una aplicación más amplia e intensa del propio principio democrático y en que muchas soluciones, en materias como la protección del medio ambiente, tendrán que ser drásticas. Ante esta realidad, la “tercera vía” aparece como una reencarnación de la socialdemocracia tradicional. Propugna la igualdad y la protección de los débiles y la libertad como responsabilidad, pero es escéptica respecto del papel del Estado y parte de una actitud tan pragmática que el propio Giddens la define como “de conservadurismo filosófico”. Estamos, pues, a años luz de cualquier extremismo. Giddens ha elegido, en cambio, el camino de la imaginación.

Cuando empieza a proponer soluciones resulta, en cambio, bastante más discutible que todas merezcan aprobación. Señala, por ejemplo, el papel del “civismo cotidiano” o de la idea de comunidad como formas de atajar la disgregación social, y en ello acierta plenamente. En cambio, resulta un tanto vaga e inaprehensible la idea de que la familia tradicional puede ser

sustituida por alguna fórmula contractual entre padres e hijos. Tiene mucha razón en que el Estado debe otorgar protección en momentos difíciles pero también habilitar para el desarrollo de las capacidades a través, por ejemplo, de la educación. Sugiere interesantes fórmulas de reparto de trabajo, medios para combatir la especulación financiera internacional y la necesidad de que el riesgo sea un componente creativo para un mejor futuro. Pero, a veces, las fórmulas a que llega consisten en predicar la simple adición de contrarios (como “la nación cosmopolita”). Aun así el libro es francamente digno de lectura porque es el primero que, en mucho tiempo, da la sensación de plantear las cuestiones desde un presente real y no desde clichés del pasado. Sin duda se trata más de un primer intento de contribuir a la renovación de la socialdemocracia que de una propuesta completa. Pero resulta un primer paso en un camino que también la derecha debería intentar.

Historia

En nuestra selección de historia hemos incluido alguna monografía de cuestiones muy recientes, otras sobre materias más lejanas, biografías y memorias.

Sin duda el libro de *Javier Fernández López*, “*El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen*

político en España (1969-1982)”, Madrid, Trotta, 1998, aborda una de las cuestiones más interesantes y enigmáticas de nuestro pasado reciente.

Resulta, en efecto, muy curioso que, habiendo podido jugar un papel decisivo a la hora de evitar la transición a la democracia, los altos mandos militares no hayan sido objeto hasta el momento actual de tantos estudios. Disponemos tan sólo de la biografía de

Gutiérrez Mellado, escrita por Fernando Puell, y de un estudio de Felipe Agüero que establece comparación entre el caso español y el de otros países, pero que aporta pocas noticias de verdadero interés acerca del primero. Ahora la aparición de este nuevo libro nos permite ir completando nuestra información, aunque es mucho lo que sigue quedando por hacer mientras no resulten accesibles los testimonios o los archivos de quienes fueron ministros o altos cargos militares en la época. De entrada Fernández López, aparte de otros de menor importancia, proporciona la información procedente de personaje tan relevante como fue Sabino Fernández Campo, prologuista de su libro.

No hay espacio aquí para comentar detenidamente el contenido de este libro en el que se nos ofrece información abundante (y no sólo sobre el 23-F), pero sí para señalar algunos aspectos de especial interés. En primer lugar llama la atención cómo el Ejército vivió, como el resto de la sociedad española, las tensiones finales del franquismo, y además hasta qué punto, de la misma manera que en el seno de la clase política del régimen, se produjo una auténtica escisión entre los mayores y los más jóvenes. Hubo a comienzos de los setenta una auténtica reacción en el mundo militar que hace pensar hasta qué punto, de prolongarse esta situación,

hubiera podido concluir en una potenciación de la Unión Militar Democrática. Otro aspecto del libro de Fernández López que llama poderosamente la atención se refiere a las numerosas ocasiones en que quienes, por decisión política, estaban al frente de la familia militar erraron o no mostraron suficiente decisión. En general Fernández López muestra una actitud muy crítica respecto de los dos sucesivos ministros, lo que, si parece justificado por la información que él mismo proporciona, al mismo tiempo obliga a pensar en la necesidad de recurrir a esos testimonios (Gutiérrez Mellado y Rodríguez Sahagún, a través de su archivo, y Oliart en unas posibles memorias). Pero, en fin, lo que parece más evidente tras la lectura de este libro es que, frente a lo que los principales protagonistas de la transición afirmaron durante ella, en realidad las dificultades políticas surgidas en los medios militares fueron grandes, mucho más de lo que se suele admitir. La mejor prueba de ello es que de los tres militares nombrados por el Rey como Senadores en las Cortes constituyentes, dos votaron en contra de la Constitución y uno más se abstuvo.

Conviene llamar la atención de forma especial acerca de la narración del 23-F, redactada en un tono muy ágil, apasionante en ocasiones. De esos momentos Fernández Campo ofrece un testimonio

irreemplazable que, además, deja bien claro su decisivo papel en el entorno de La Zarzuela en la satisfactoria solución dada a aquella espínosa situación.

Un libro de tema mucho más lejano en el tiempo, aunque también polémico, es el de César Vidal, *“Las Brigadas Internacionales”*, Madrid, Espasa, 1998, cuyo contenido ofrece una visión muy poco complaciente acerca de estas

unidades militares que intervinieron a favor del Frente Popular durante la guerra civil.

Durante mucho tiempo ha sido controvertida la presencia en España de los voluntarios extranjeros que combatieron a favor de la República, alternativamente presentados como unos generosos combatientes en pro de la causa de la Humanidad y como unos simples esbirros al servicio del comunismo internacional. La última ocasión en que se ha planteado el enfrentamiento de estas actitudes contrapuestas ha sido con ocasión de la visita que los antiguos brigadistas hicieron a España y que tuvo como consecuencia que se les reconociera la nacionalidad española. La verdad es que el debate en esta ocasión se limitó simplemente a la prensa, porque la cuestión ha sido resuelta por los historiadores desde hace algún tiempo.

En efecto, este libro se presenta como una visión nueva y original sobre las Brigadas Internacionales, pero está lejos de serlo. A estas alturas ya se puede considerar como aceptado por la historiografía que las Brigadas fueron el producto de la labor organizativa de la Internacional comunista y sirvieron sus intereses políticos. Otra cosa es que buena parte de sus miembros acudieran a la guerra civil guiados por ideales generosos. Muchos de ellos se vieron decepcionados y otros, con el paso del tiempo, contemplaron

cómo su experiencia durante la guerra civil española si, por un lado, les capacitaba para ocupar importantes puestos en la jerarquía política de las democracias populares en la Europa del Este, al mismo tiempo facilitaba que acabaran por ser objeto de purgas en la época estalinista. Las Brigadas Internacionales jugaron un papel importante en la estrategia del bando republicano participando en los combates más decisivos (como los italianos o las brigadas navarras en el bando opuesto). Sus efectivos los cifra Vidal entre 30 y 40.000 personas, pero sólo unos 15-20.000 estuvieron como máximo combatiendo a la vez en España. Resulta obvio a estas alturas para cualquier tipo de historiador, sea cual sea su inclinación ideológica, que las Brigadas fueron un instrumento de propaganda y que su eficacia militar no fue tan grande como en muchas ocasiones se ha supuesto porque adolecieron de fallos sobre todo en los momentos de ofensiva, lo que no tiene nada de particular teniendo en cuenta que una parte considerable de los combatientes fueron, a partir de la primavera de 1937, españoles recientemente adiestrados para las tareas bélicas.

Aparte de proporcionar precisiones como las relativas a esas cifras —de todos modos, no por completo seguras—, el libro de César Vidal, aunque ha

utilizado una amplia bibliografía, no tiene especiales novedades. Se pretende en él haber utilizado los archivos soviéticos o alemanes, pero sólo se citan algunos documentos a título de prueba o de apostilla. Se trata, por tanto, más que nada de un libro de divulgación de lo ya conocido. El hecho de que las Brigadas Internacionales combatieran en toda la geografía española y a lo largo de los años del conflicto sirve

de pretexto para contar de nuevo la historia de la guerra civil y el libro se engorda artificialmente con unos apéndices excesivos de los que bien se hubiera podido prescindir. César Vidal, que es un buen conocedor de la guerra civil, debiera procurar, no obstante, en vez de publicar tantos libros sobre ella, que no pasan de la divulgación, concentrarse en una temática precisa de investigación y agotarla. Porque el modo a través del cual avanza la historia es ése, y no la difusión de lo ya conocido. Si se compara el contenido de este libro con la bibliografía ya conocida (o con las síntesis solventes más próximas en el tiempo) se observará que las diferencias no son sustanciales. Eso no quiere decir que la historia de la guerra civil esté escrita por completo o de manera definitiva y que no haga falta avanzar en ella. En dos terrenos se puede avanzar mucho: en el de las operaciones militares, pues la fuentes sólo han sido utilizadas por los historiadores afines a los vencedores, y en el del contexto internacional. Se podía esperar que en este último aspecto Vidal aportara novedades, pero no es así.

El tercer libro de historia merecedor de reseña es una nueva biografía de Azaña que integra en la narración de su trayectoria vital la nueva documentación aparecida sobre su persona. Se trata de *Ángeles Egido*, "*Manuel Azaña. Entre*

el mito y la leyenda”, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1998.

Casi no tiene sentido recordar algo tan obvio como que quienes se dediquen en España al género biográfico tendrán siempre en Manuel Azaña un permanente objeto de tentación para escribirle un libro. La bibliografía sobre el intelectual y político republicano resulta ya enorme y no va a dejar de crecer en tiempos futuros. La belleza de su expresión literaria, la abundancia y calidad de las fuentes sobre la persona o su centralidad política durante años decisivos de la Historia española más reciente son otros tantos factores que contribuyen a explicar lo que acaba de indicarse. Incluso el mismo hecho de que los papeles privados de Azaña hayan ido apareciendo de forma sucesiva y un tanto dramática ha contribuido a crear una especie de interrogante perpetuo sobre un personaje ya de por sí atractivo. Resulta difícil que sean superadas las páginas escuetas y precisas de Marichal, una verdadera joya de la historia intelectual, y también durará la biografía política incompleta de Juliá, pero, al margen de aprovechamientos circunstanciales y bastardos, siempre habrá nuevos libros sobre el intelectual y político alcalaíno.

El que acaba de publicar Egido resulta muy profesional desde el punto de vista de la historia, pulcramente editado, y tiene grandes aciertos en partes del texto. La autora no hace exactamente biografía intelectual ni política, sino que más bien se centra en el personaje humano dedicando una porción considerable de sus páginas a la trayectoria anterior a su presencia pública, cuando ésta fue, como es sabido, un tanto tardía. La

novedad principal —bien lógica, por otra parte— consiste en que por vez primera en una biografía de conjunto se utilizan de forma sistemática los diarios aparecidos recientemente, aparte de toda la documentación que ya había sido utilizada con anterioridad por otros autores. Llama la atención también el uso muy inteligente que se hace de dos libros, que, aunque habituales en la bibliografía, pueden pasar por banales o desenfocados cuando lo cierto es que añaden matices importantes a la personalidad de Azaña. Me refiero a los de Carabias y Giménez Caballero.

Esta nueva biografía no proporciona novedades espectaculares pero sí interpretaciones originales sobre aspectos concretos. Aparte de la manera de abordar la primera etapa de la vida de Azaña, merece también la pena especialmente algún capítulo, como el relativo a la política exterior. Un reproche frecuente al líder de la Izquierda Republicana, surgido sobre todo de la lectura de las memorias de Madariaga, consiste en atribuirle una carencia de interés sobre materias de política exterior que con el paso del tiempo estaba destinado a resultar suicida para la República durante la guerra civil. Pero la combinación del uso de los diarios que acaban de ser conocidos y de los conocimientos de Egido sobre esta materia le permite dar una

explicación convincente sobre el particular.

Aparte de algunas imprecisiones, el libro se resiente de un peligro que siempre tiene cualquier biógrafo, en especial quien lo sea de Azaña. Me refiero a la tendencia de colocarse en términos de defensor del personaje o de partir, a su respecto, del presupuesto de la impecabilidad. Pero, en un momento en que todavía Azaña sigue siendo considerado por algunos como un bien mostrenco, objeto de posible manipulación, la lectura de este libro resulta gratificante y eso le concede no sólo el mérito de ser la última sino también una de sus mejores biografías.

Carácter de complemento de sus memorias, hace tiempo publicadas, tiene el libro de *Leopoldo Calvo Sotelo, "Papeles de un cesante. La política desde la barrera"*, Barcelona, *Galaxia Gutenberg*, 1999, en que el segundo presidente de la democracia española recopila parte de sus intervenciones públicas recientes.

Leopoldo Calvo Sotelo tiene, entre sus varios méritos, dos muy singulares: el haber escrito unas memorias que saben a poco y el haberse adaptado bastante bien a su condición de "ex" (resultó, con el paso del tiempo, probablemente el protagonista fundamental de la mejor etapa de la Fundación Ortega y Gasset). Al margen de

aciertos o fracasos políticos — y la historia demostrará que el número de los primeros fue mayor de lo que se le atribuyó en su momento— Calvo Sotelo tiene el atractivo de una cierta distinción intelectual y una ironía inteligente que no excluye entre sus objetivos a sí mismo como se demuestra en el mismo título de este libro.

Su contenido tiene el

circunstancial y fragmentario, como corresponde a intervenciones orales y escritas con muy distintos objetivos y auditorios. Una vez más da la sensación de que el ex-presidente podría (y, quizá, debería) escribir un texto de memorias más amplio que aquel que ya publicó. Sus observaciones sobre la transición, en sus aspectos de política interior y exterior, tienen siempre buen sentido y fundamento. Su tratamiento de figuras como Giscard o de libros como el de Pedro de Silva rezuman una distancia irónica que es una de las formas más inteligentes de la discrepancia. Más merecedora de crítica sería alguna intervención sobre temáticas estrictamente históricas, como por ejemplo el 98 en España y Portugal. Pero es éste un libro que, aunque es dudoso que llegue al gran público, se lee con indudable agrado.

Y, finalmente, para concluir este apartado destinado a la historia podemos citar a un autor de gran éxito de público que en un texto reciente ofrece una buena muestra de su modo de hacer historia. Se trata del libro de *Fernando García de Gortázar, "Biografía de España"*, Barcelona, *Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores*, 1998.

García de Gortázar tiene, de entrada, en su contra el honor de ser, sin la menor duda, el historiador que más ejemplares de sus libros ha vendido en los últimos años en España. No es

inconveniente de ser

el resultado de la investigación —aunque en su momento la hizo con notables resultados— sino de la decidida voluntad de llegar al gran público. Eso puede ser tomado como un propósito espurio pero, en realidad, tiene no poco que ver con una de las preocupaciones esenciales de la ciencia histórica en los últimos tiempos. Los historiadores hemos descubierto que habíamos perdido uno de los máximos placeres de nuestra profesión, para nosotros mismos y para nuestros lectores, el de contar historias. En las primeras líneas de su último libro García de Gortázar reivindica el derecho de escribir sobre nuestro pasado rodeando a su narración de la emoción de una gran aventura. Algo así debieran hacer todos los historiadores en cualquier momento.

En apenas 435 páginas nos presenta una Historia de España entreverada de textos poéticos y literarios. Estos últimos están siempre muy bien elegidos y cualquier lector, incluso el historiador profesional, encontrará en ellos motivos para tenerlos en cuenta. En cuanto al texto propiamente dicho, no sólo es correcto sino que se nota tras de él un número muy considerable de lecturas y parece evidente que cada frase está medida hasta el milímetro. Pero, claro está, el historiador profesional o el simple lector aficionado al género puede, por ello mismo, someterla a

discusión porque con tan pocas palabras es difícil dar cuenta de una realidad tan complicada como el tan largo pasado de tantos seres humanos durante tanto tiempo. El autor, por ejemplo, debe despachar la guerra civil o el franquismo en tan sólo seis páginas (y a ETA se le dedican dos en este último apartado).

Partiendo de esta realidad, como es lógico, se puede optar o bien por mostrar el rostro

severo de la crítica o por disfrutar de un texto, bello y muy ágil, con las inevitables limitaciones indicadas. Aunque pueda parecer más digno de respeto la primera postura se debe optar por la segunda. Todos debemos aprender de la forma, digna e inteligente, gracias a la que García de Gortázar ha llegado al gran público.

Literatura, pensamiento y arte

En este último apartado vamos a referirnos a una última vertiente del ensayo español actual, aquella que se refiere a los estudios sobre materias culturales, literarias y artísticas.

El de *Vicente Cacho Viu*, “*El nacionalismo catalán como factor de modernización*”, *Quaderns Crema-Residencia de Estudiantes*, 1998, es un librito de pocas pero muy densas páginas, es a la vez el mejor texto de un importante historiador y una lectura imprescindible para quien quiera interpretar la realidad de la Cataluña contemporánea sin las anteojeras del prejuicio.

Vicente Cacho Viu, desaparecido hace unos meses, fue un ejemplo de esos escasos intelectuales españoles que, afincado en Madrid y sin ninguna raíz en Cataluña, supo descubrir, comprender y amar la realidad catalana. Autor de lecturas cosmopolitas y sofisticadas, infatigable

trabajador pero remiso a publicar, por desgracia su obra se vio truncada por una muerte temprana. Su especialidad fue la historia intelectual y cultural y a ella dedicó, por ejemplo, un gran libro sobre la Institución Libre de Enseñanza y una colección de artículos acerca del 98 que cuenta entre lo mejor que se ha publicado durante el año pasado sobre el particular. Catedrático en Barcelona, sus pesquisas sobre el mundo cultural del fin de siglo y el primer tercio del XX resultan fundamentales. Muy tardíamente apareció su “Revisión de D’Ors” y ahora se publica, en una edición de Quaderns Crema, como siempre muy cuidada, un conjunto de artículos acerca del mundo de la cultura catalana. Son textos breves pero de una erudición profunda y original, llenos de frases felices, que inciden en aspectos cardinales de aquellos temas que tratan y de los que sólo cabe deplorar su carácter fragmentario porque el autor no tuvo tiempo de convertirlos en libros.

Pero, a pesar de ello, proporcionan una visión acerca del nacionalismo catalán enormemente interesante, original y que, sin duda, cambiará la concepción que acerca de él deben tener los historiadores. Frente al paleonacionalismo español que arrastraba toda una herencia de contubernio entre el Trono y el Altar y estaba anclado en una mentalidad del Antiguo Régimen, el nacionalismo

catalán, práctico, racional y muy al día de las novedades culturales, fue un factor de modernización no sólo en la propia Cataluña, sino para el conjunto de España. Eso explicaría su sintonía esencial con la otra gran moral colectiva de la España de entonces, la del liberalismo radical conectado con la ciencia moderna. Por eso, por ejemplo sus representantes, como Giner, se llevaron tan bien con un Maragall.

Frente a lo que se ha solido decir, su fundamento filosófico —asegura Cacho— se debe localizar no tanto en el romanticismo como en la filosofía positivista. Producto de la independización cultural de Barcelona con respecto a Madrid, el catalanismo tuvo modelos en otros pueblos. Irlanda y Hungría, con sus afanes de autonomía frente a imperios poderosos, lo fueron en un primer momento, pero lo acabó siendo de forma mucho más coherente la república checa, cuyos jóvenes nacionalistas se lanzaron inmediatamente por la senda de la participación y la victoria en las elecciones. Esa actitud tenía mucho que ver con el sentido práctico, racional y dirigido a la inmediata construcción de un país, del catalanismo. Y de este punto de partida nacía, además, una nueva visión del conjunto de España. Cacho hace una finísima descripción de quien fue sin duda el mejor político de su época, Cambó. De él cita una frase memorable, escrita en 1940, y verdaderamente definitoria de lo que es toda la tradición del catalanismo: “Yo no veo la manera de dar un gran ideal a Cataluña si llegara a cometerse el pecado ‘contra natura’ de separarla de la comunidad hispánica”.

La capacidad modernizadora del catalanismo se aprecia en muchos aspectos: desde la política a las artes se vieron favorablemente transformadas por su aparición. Pero quizá la

manera en que resulta más patente esta realidad es teniendo en cuenta el papel que tuvo sobre el catolicismo. Toda la tradición integrista e intolerante del catolicismo hispánico se vio transformada por el impacto del catalanismo en el terreno cultural y político: respecto a ella, afirma Cacho, el catalanismo sirvió como una especie de “detergente”. Fueron católicos la mayoría de los políticos y gran parte de los intelectuales catalanistas de una forma tolerante y comprensiva, capaz de llegar a coincidencias con quienes no eran. Carner se burlaba de aquellos católicos carpetovetónicos “cuya ingenuidad les hacía ignorar su ineptitud social y política”.

Este libro de un historiador castellano tiene el mérito de rescatar una importante verdad del pasado de Cataluña. Hoy en Madrid se presenta a los nacionalismos periféricos como doctrinas ancestrales basadas en el apego a lo ridículamente provinciano. Pero este libro demuestra todo lo contrario. El catalanismo fue obra de plenitud espiritual y política, de modernidad y de deseo de transformación no sólo de Cataluña sino del conjunto de España.

Como se habrá podido apreciar, el libro que acabamos de reseñar se refiere al pasado pero, al mismo tiempo, hace referencia a una cuestión de actualidad. Algo parecido puede decirse del libro de

Francisco Calvo Serraller, “Paisajes de luz y de muerte. La pintura española del 98”, Madrid, Tusquets, 1998.

En otro tiempo no tan lejano el género al que pertenecían los textos de catálogos para exposiciones podía ser considerado como la más ínfima de las dedicaciones literarias: consistía en vaporosas disquisiciones, con frecuencia con lenguaje

alambicado, concluidas siempre en un final feliz, es decir el de la alabanza a lo exhibido. En realidad por este procedimiento se eludía la razón más importante que hubiera debido llevar a acompañar al disfrute de la obra plástica el ejercicio de la escritura, es decir, la búsqueda de una explicación. Creo que ha sido mérito de un reducido puñado de críticos, y sobre todo de profesores universitarios y conservadores de museos, el haber transformado radicalmente el panorama.

En su más reciente libro, Francisco Calvo Serraller reúne, con algunas modificaciones, los textos en los que dio cuenta del contenido de cinco importantes exposiciones celebradas en Madrid y en otras partes de España. Ya lo había hecho en otras ocasiones, pero en ésta las páginas reunidas tienen una coherencia más completa y exhaustiva. Caracteriza a Calvo Serraller, ante todo, una capacidad de selección de las cuestiones más decisivas del Arte español, en especial del contemporáneo, pero también un cosmopolitismo que descarga de cualquier connotación casticista —tan peligrosa en una materia como las artes plásticas relacionadas con el 98— y una indudable sabiduría para integrar el proceso creativo plástico en contextos más amplios de carácter histórico y, sobre todo, literario. Por eso con

frecuencia sus textos aportan visiones iluminadoras que resultan, desde el punto de vista interpretativo, sencillamente irreversibles. Quienes, con posterioridad, hemos escrito sobre temas que él abordó previamente tenemos siempre en sus textos una guía muy segura.

La conmemoración centenaria de la emblemática fecha de 1898 ha producido libros y exposiciones importantes. Cabía el peligro, sin embargo, de que en materia de artes plásticas se recayera de nuevo en tópicos ya abandonados por la Historia de la Literatura o la Historia a secas. Algo de eso ha habido, aunque también han aparecido textos brillantes de especialistas como Miguel Zugaza o Facundo Tomás. Pero pienso que en este libro de Calvo Serraller se encuentra la visión interpretativa más sugerente publicada hasta la fecha acerca de la plástica del 98.

Para nuestro autor es preciso ponerla en relación con el momento finisecular del arte universal y, más en concreto, con el simbolismo. La mención a este movimiento, de perfiles no tan precisos, le ha permitido rescatar a figuras que pudieron quedar sepultadas por su propia imagen —el caso de Julio Romero de Torres, parte de cuya producción es de una calidad muy considerable—, mientras que también ha sabido descubrir una poco advertida conexión norteña, bruselense,

que es clave decisiva para llegar a explicar no sólo la introducción del paisaje en España sino también de la modernización de nuestro gusto estético. Pero a este descubrimiento de los orígenes añade Calvo Serraller una interpretación de profundo calado acerca de las seis décadas del arte español. Como expuso en un artículo aparecido en “Claves” y que ahora se reimprime en este nuevo libro, con la etapa finisecular el arte español eligió un camino de

ensimismamiento crítico que no sólo se prolongó hasta Solana, sino que explica en su globalidad el íntimo motor de la creatividad hasta bien entrados los años cincuenta. De esta manera se puede decir que tan sólo con posterioridad nuestro arte optó por una senda diferente, la de alteración, siguiendo un patrón propio, de las novedades surgidas en otras latitudes.

Esta interpretación, a pesar de su carácter en apariencia demasiado omnicompreensivo, resulta enormemente esclarecedora. La mejor prueba de ello la encontramos en lo bien que conecta con otros campos de la vida española como, por ejemplo, el regeneracionismo político o el ensayismo sobre la esencia nacional. Por eso todo lo que se escriba en el futuro sobre esta cuestión será deudor de este libro de Calvo Serraller.